

El Día Mundial del Medio Ambiente en Extremadura nos sirve, una vez más, para reiterar nuestra voluntad y acción decidida por la sensibilización, la protección y el uso respetuoso de la naturaleza en el marco de nuestro programa "Extremadura XXI. Acciones de desarrollo sostenible".

Las generaciones futuras, nuestros hijos y nietos, quieren leer y escuchar la voz de la naturaleza y del entendimiento de los seres humanos con ella. Para contribuir a satisfacer ese deseo y para conseguir una naturaleza accesible a todas las personas hemos querido que todos podamos soñar, cantar, leer, oír e imaginar en nuestras voces y en las de aquellas que nos aman; sólo así conseguiremos un mundo solidario en el que "lo importante es llegar todos juntos".

Para acercar la naturaleza y sensibilizar a los más jóvenes la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo junto a la Editora Regional de Extremadura de la Consejería de Cultura y Patrimonio y la Fundación ONCE han realizado la edición de los cuentos ganadores en el II Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta".

ISBN 84-7671-420-3



JUNTA DE EXTREMADURA
Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
Consejería de Cultura y Patrimonio



Un tesoro en la red

José Antonio Palomo Molano

UN TESORO EN LA RED

José Antonio Palomo Molano

UN TESORO EN LA RED

© De esta edición:

JUNTA DE EXTREMADURA

Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo

Consejería de Cultura y Patrimonio

© José Antonio Palomo Molano

© Ilustraciones: pMLlarena

I.S.B.N.: 84-7671-420-3

Depósito Legal: BA - 400 - 1997

Maquetación e Impresión: Gráf. Rejas - Mérida



EDITORA REGIONAL DE EXTREMADURA

MÉRIDA 1997

La obra *Un tesoro en la red*,
de José Antonio Palomo Molano, obtuvo el Segundo Premio del
II Concurso de Narrativa Infantil de Extremadura "El Medio Ambiente Cuenta",
convocado por la Consejería de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo
de la Junta de Extremadura.

El Jurado estuvo formado por Carmen Galán como Presidenta,
Carmen Sánchez como Secretaria y Elisa Luengo,
Andrés Rodríguez y Casto Iglesias como vocales.

A cabo de regresar de un largo viaje, y no precisamente de África, donde solemos pasar el invierno las cigüeñas. Allí pensaba dirigirme hace algunos meses, cuando acababa el verano. Pero mientras organizaba los últimos detalles y dejaba mi nido preparado, se me acercó con despistado andar Crac, la grajilla. Tras dar un último brinco desde las tejas hasta mi nido, se atusó y picoteó las plumas del ala, diciendo melancólicamente:

- Vaya, vaya, Dro. Parece que ha llegado la hora de partir.

Ya sabéis que las grajillas son sedentarias, viven siempre en el mismo lugar. Quizá por eso le entristecía más no poder acompañarme en mi viaje hacia África que perderme de vista. A pesar de que entre nosotras, las aves, utilizamos nuestro propio lenguaje, me limité a asentir con la cabeza. En los momentos de despedida se atraviesa un gordo pez en la garganta que colea y no deja hablar.

- Otra vez ese largo y peligroso viaje -insistió Crac.

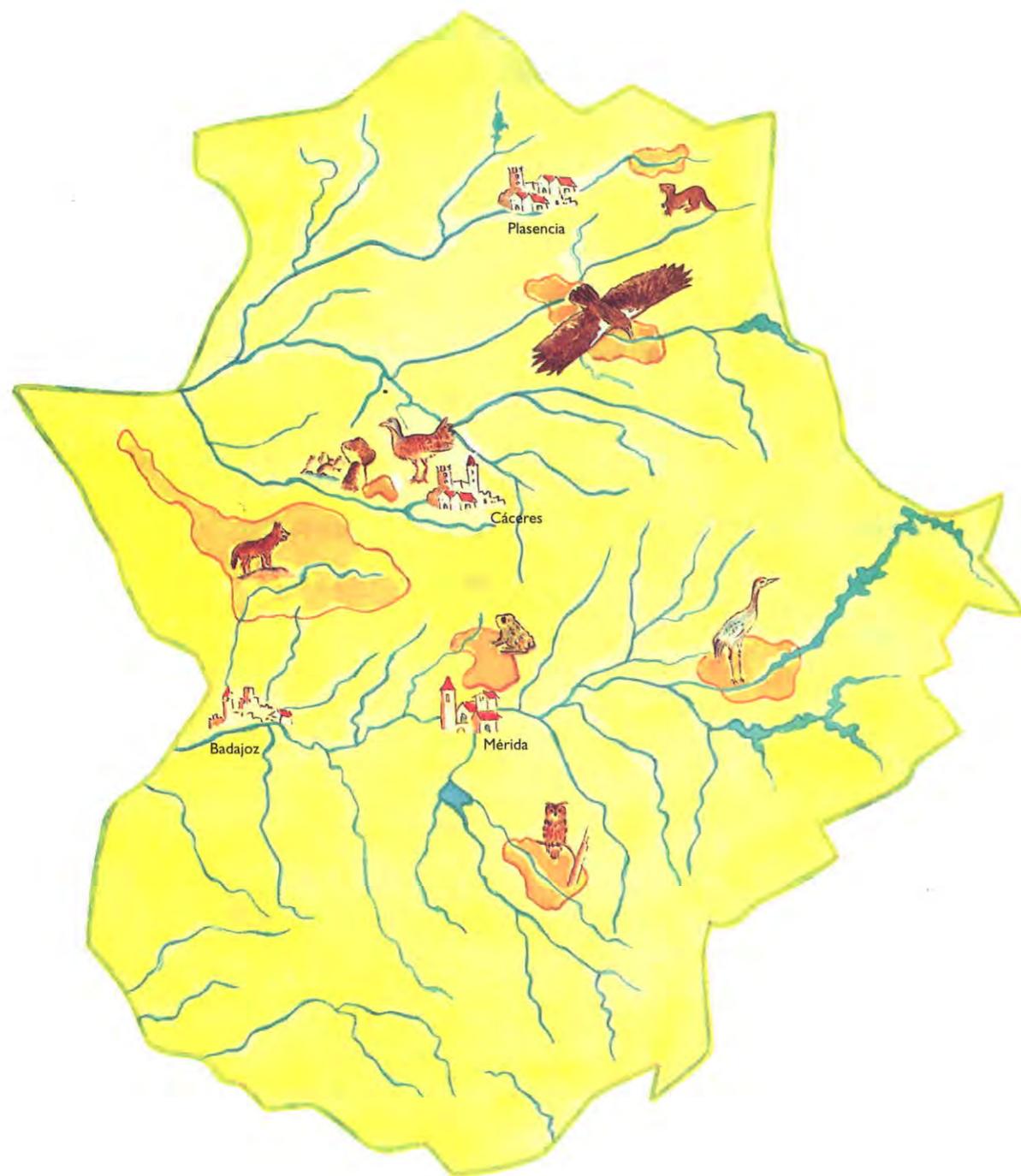
La parlanchina grajilla parecía dispuesta a esperar conversación, así que respondí:

- Ya te he contado en otras ocasiones los detalles de nuestra migración. El viaje no es sencillo, por eso lo hacemos en grandes grupos. Primero pasamos el mar y después el desierto del Sahara. Pero ya sabes que para la primavera que viene volveremos aquí.

- Será una pena que no puedas acompañarme en mi viaje -dijo Crac, con aires de misterio.

- ¿Tu viaje? -pregunté sorprendida, y como Crac no contestaba, añadí: ¿Dónde te propones ir?

- Dentro de poco tendré riquezas, puede que joyas, oro, una lámpara maravillosa... Voy a buscar un tesoro.



- Seguramente, tu prima la urraca te ha contagiado su manía de recoger todo lo que brilla -dije, pensando que se había vuelto loca-, incluso las latillas de los refrescos. ¡Vaya tesoro!

Crac pareció ofendida con mis observaciones y creí que se iba a marchar cuando abrió ligeramente las alas. Sin embargo, lo que hizo fue sacar de entre sus plumas un papel enrollado que extendió en el fondo de mi nido. Y esto es lo que vi:

He de reconocer que quedé intrigada, y con voz de enfado le dije a la grajilla:

- Bien, Crac, ¿quieres explicarme qué significa esto?

- Oh, ¡cuánto lo siento, Dro! Debí recordar que las cigüeñas no entienden los signos de las personas -dijo maliciosamente Crac, escondiendo una torcida sonrisa, y añadió-. Esto es un mapa, Dro, el mapa de un tesoro.

Las grajillas no sólo comprenden el lenguaje de las personas, incluso pueden llegar a pronunciar algunas palabras. Crac, que toda su vida había vivido sobre la iglesia donde tengo mi nido, había aprendido ese lenguaje desde pequeña, escuchando a las gentes que acudían a la iglesia, a las que cruzaban las calles próximas, a las que se reunían en la plaza o en el parque... Rápidamente me explicó el contenido del mapa y el significado de las palabras que le acompañaban.

- Mi viaje también será largo, aunque menos que el tuyo, y puede que también peligroso, pero al final encontraré un tesoro desconocido. Si me acompañas, amiga Dro, podremos compartirlo.

Sólo de pensar en el viaje hasta el corazón de África se me ponían las plumas de punta, así que ya tenía un buen motivo para quedarme. Pero no estaría de más que la presumida grajilla me rogara un poco.

- Te lo agradezco, Crac, pero estoy decidida a marcharme con mis compañeras -le dije batiendo las alas y dando un salto en el aire.

- Espera, Dro, no tengas tanta prisa -gritó la grajilla cogiéndome por una pata-. Ya sabes que por mi costumbre de no viajar soy incapaz de orientarme. Sin embargo, las cigüeñas os movéis con facilidad por medio mundo. Con tu sentido de la orientación podremos viajar por toda Extremadura buscando el tesoro en los lugares señalados.

Como todavía no le daba respuesta, Crac añadió:

- Además, a vosotras, las cigüeñas, todas las personas os aprecian; pero a las grajillas no nos quieren ni ver. ¿Qué podría hacer yo sola, dando vueltas por ahí, perdida y con gente dispuesta a dejarme sin plumas? -preguntó tristemente.

Estudiando de nuevo el mapa, que ya entendía perfectamente, le dije a Crac:

- Puedes olvidarte de este papel, tengo el mapa en mi cabeza. ¡En marcha!

- ¡Viva Dro! -gritó Crac loca de alegría-. Te aseguro que estaremos de vuelta antes de que tus compañeras regresen de África, y para entonces el tesoro será nuestro.

Y aquí estoy, esperando a san Blas para que vuelvan mis compañeras. Por entretener el tiempo y que las horas pasen más deprisa mientras vigilo el horizonte desde lo alto de mi nido, a la espera de mis amigas, os contaré nuestro viaje por Extremadura. Pero os pondré dos condiciones. La primera es que no me preguntéis continuamente por el tesoro porque ya sabréis a su debido tiempo si lo encontramos y qué era. La segunda condición es todavía más importante, y es que debéis viajar con Crac y conmigo. No vale hacer trampas y coger el coche para ir a cien por la carretera. Tenéis que olvidaros de esa manera tan aburrida de viajar, mirando sólo la carretera o las cunetas. Levantad el vuelo, poneos a la altura de las nubes. ¡Esto sí que es ver el paisaje!

Aunque enseguida me puse al mando, la falta de experiencia y las ganas de dar pronto con el tesoro me hicieron tomar decisiones equivocadas, y la noche se nos echó encima en pleno vuelo. Afortunadamente, el cielo despejado y la luna llena nos dejaban ver la silueta de la sierra. Según mis cálculos, aquel era nuestro primer destino: la Sierra Grande de Hornachos. No queriendo arriesgar más nuestra seguridad, señalé las grandes rocas de la cumbre de la sierra y le dije a mi compañera:

- Bajemos con cuidado sobre esas peñas de la izquierda.

Crac no encontró ningún problema, pero yo tuve que hacer algunos equilibrios hasta posarme firmemente. Estábamos echando una ojeada al pequeño valle cubierto de rocas y arbustos que teníamos enfrente, cuando algo que parecía una piedra se movió y comenzó a volar hacia nosotros sin producir ningún ruido.

- Buenos días tengan, distinguidas mercedes -nos saludó con voz hueca el búho al posarse junto a nosotros.

Crac no pudo reprimir una risita y murmuró disimuladamente:

- Este búho está como una cabra, cree que es de día y que nos llamamos Mercedes.

Ya sabéis que los búhos tienen una vista perfecta, y en plena noche les parece de día, pero también andan finos de oído, y seguro que el Gran Duque había escuchado las impertinencias de Crac, así que rápidamente dije, haciendo una reverencia:

- Buenos días, señor Duque. Os ruego que disculpéis los modales de esta ignorante grajilla. Su curiosidad nos ha traído hasta aquí, donde esperamos encontrar un tesoro.



El Duque, que parecía medio dormido, abrió sus enormes ojos, primero uno y luego el otro. Tras reflexionar detenidamente nos explicó:

- Vuestras mercedes no vuelan muy equivocadas. Esta sierra bien podría ser la isla del tesoro. Miren a su alrededor.

Situados en lo alto de la sierra, sobre las rocas más altas de la cresta, pudimos ver un extenso campo de suaves colinas que brillaban bajo la luz de la luna y parecían moverse como ondulantes olas.

- Todo son cultivos, viñas, olivares, y algunas dehesas con ganado. A muchos de nosotros sólo nos quedan algunos lugares de refugio. Esta sierra es para nosotros una verdadera isla donde podemos sobrevivir -y contando con las plumas de sus alas, enumeró-: águila real, águila perdicera, águila calzada, incluso águila imperial, y también ginetas, gato montés, tejón... Todos viven aquí, unos en los árboles, otros entre el matorral, algunos en el roquedo. Hay sitio para...

- ¡Un castillo, un castillo! -interrumpió Crac dando saltos y gritos.

- Os ruego que bajéis la voz -le pidió el búho-. A estas horas todos debemos ser sigilosos.

Miré con enfado a Crac, que muy agitado señalaba con el ala hacia la silueta de una vieja fortaleza.

- No hay nada que esperar de esas ruinas -comentó el Duque-. Los árabes que construyeron el castillo fueron expulsados y se convirtieron en piratas en las costas de África. Puede que ellos sí consiguieran tesoros, pero perdieron esta Sierra de Hornachos, que tanto querían.

Como nos recomendó el Duque, descansamos hasta el amanecer y con las primeras luces levantamos vuelo. La Sierra de Hornachos estaba cubierta por espesas manchas de vegetación y al pie de las laderas crecían enormes alcornoques y encinas.



Tras algún tiempo buscando nuestro tesoro, y sin obtener resultado, decidimos continuar viaje. La ruta más sencilla era seguir el río hasta su desembocadura en el Guadiana, y éste a su vez nos llevaría hasta Mérida, a las puertas del Parque Natural de Cornalvo. Sería imposible que os pudiera contar todo lo que veíamos desde el cielo, pero os haréis una idea de ello si consultáis un mapa y nos seguís.

El embalse de Cornalvo, que no es muy grande, está rodeado de encinares y alcornocales. Los pequeños arroyos y charcas de la zona ya habían cogido un poco de agua con las primeras lluvias del otoño. Al posarnos observamos uno de esos pequeños sapos que llevan los huevos a cuesta. Temiendo que fuera a utilizarle de comida aligeró su paso entre la húmeda hierba, pero Crac, dando un brinco, se colocó delante, impidiéndole la huida y diciéndole en tono amistoso:

- Ya veo que llevas tu futura prole a costas, y debe ser muy pesado.

- No, no es tan difícil -contestó el diminuto anfibio-. Los sapos parteros estamos acostumbrados a ser buenos padres, y no dejamos tirada en cualquier charco nuestra puesta.

Dejé que Crac entablara amistad con el sapo partero y le explicara nuestro objetivo, y mientras tanto me dediqué a arreglarme el plumaje, que es esencial mantener en perfectas condiciones para poder volar sin problemas.

- ¡Dro, Dro! -me llamó alarmado Crac repentinamente-. ¡Ven enseguida, tenemos una pista!

- ¿Qué has encontrado? -pregunté dando una larga zancada hasta ellos.

El sapo partero continuaba sin fiarse de mi largo pico, y buscando seguridad cerca de Crac dijo:

- Cuando nuestras larvas están a punto de nacer nos dirigimos al río y buscamos el amparo de la vegetación acuática para dar protección a nuestros renacuajos recién nacidos. El galápago europeo siempre anda al acecho, y también otras de las que no me fío un pelo -esto último parecía ir por mí, pero preferí ignorarlo-. En alguna ocasión nos encontramos con un pez casi tan pequeño como nosotros, y del que dicen que es una verdadera joya. El jarabugo, que así se llama, sólo vive aquí y en algunos otros arroyos próximos. Es posible que sea lo que buscáis.

- ¿Eso es todo? -preguntó Crac sin ocultar su decepción.

- Yo no sé más -contestó inquieto el sapo-. Podríais preguntar a vuestras amigas aladas. El elanio azul, el halcón abejero y el aguilucho cenizo acaban de marcharse a zonas más cálidas, pero en el embalse encontraréis algunos patos y gaviotas que comienzan a llegar para pasar el invierno -nos recomendó, deseoso de perderme de vista.

Antes de dar por acabada la conversación quise salir de dudas y pregunté al sapo partero:

- Sé bien que este embalse de Cornalvo, como todos los demás, lo han hecho los hombres. ¿No sería posible que también hayan enterrado un tesoro aquí?

- Tienes razón, amiga cigüeña -respondió el pequeño anfibio, contento por coincidir conmigo-, esta presa fue una de las primeras que hicieron los hombres en Extremadura, hace casi dos mil años. Sin embargo, mucho me temo que aquí no encontraréis tesoros enterrados. Los romanos, que construyeron Mérida y bebían gracias a este embalse, dejaron muchos tesoros en esa ciudad: el teatro, el anfiteatro, los templos, el puente...

- Sí, sí, ya lo vimos volando hacia aquí -recordó Crac-. Pero Mérida no estaba señalada en el mapa del tesoro.

Volvimos a emprender el vuelo tras dedicar algún tiempo a reponer fuerzas. Volar, queridos amigos, requiere energía. Vosotros debéis seguir utilizando la imaginación, y recordando que venís a nuestro lado, en el aire.

Remontamos el río Guadiana, completamente rodeado de formas geométricas: cuadrados, rectángulos, círculos... cada uno de tamaño y colores diferentes. Era la ancha vega repleta de árboles frutales, arrozales y otros cultivos de regadío. Aligeramos el vuelo y casi no nos detuvimos, porque en esta zona la agricultura impide el crecimiento de otras plantas y los animales no pueden encontrar comida.

Una nueva presa, pero mucho más grande que la de Cornalvo, nos dio entrada a nuestro siguiente destino: el Embalse de Orellana, escudado por la próxima Sierra de Pela. Sobrevolamos el embalse viendo cómo charranes, fumareles y pagazas se lanzaban en picado al agua para capturar peces. Ni Crac ni yo tenemos hábitos acuáticos, así que nos dirigimos a una zona de dehesas abiertas con algunos cultivos intercalados. Caía ya la tarde cuando, en pleno vuelo, escuchamos el lejano reclamo de las grullas. Venían detrás de nosotras, GRitando con GRacia su aleGRía, y mantenían su habitual formación (como una V si se ve desde el suelo). Reduciendo nuestra marcha dimos algunas vueltas hasta que las grullas nos alcanzaron y, tras los saludos de rigor, entablamos conversación. Al mencionar la palabra tesoro, se escuchó un repetido:

- Tesoro, tesoro, tesoro...

Estas grullas parlotean sin cesar. Ya sabéis que las cigüeñas, llegado el final del verano, buscamos en África zonas cálidas para pasar el invierno. Sin embargo, las grullas vienen a Extremadura en esa época empujadas desde el norte de Europa por el frío y la nieve. Su largo viaje encierra muchos peligros y, como nosotras, tratan de evitarlos volando en grupos. En esos días otoñales hay mucha niebla y no pueden verse entre sí fácilmente, de manera que, para evitar perderse, vuelan muy juntas y hablando continuamente. Es tan largo su viaje que acaban por repetir y repetir las mismas palabras.



- ¿De qué tesoro se trata? -preguntó la grulla que encabezaba la formación, y enseguida las demás repitieron: trata, trata, trata.

- No lo sabemos -contesté-, pero desde luego es algo relacionado con los hombres.

- Muchos años llevamos conviviendo con los hombres, y gracias a las dehesas que ahora sobrevolamos podemos pasar el invierno, alimentándonos de la rica bellota. Ese es el tesoro para nosotras, que, agradecidas, cada otoño enviamos nuestros saludos a los hombres -dijo la grulla, y volviendo la cabeza, gritó a todo pulmón- ¡Mensajero!

- ¡Mensajero! ¡Mensajero! ¡Mensajero! -se volvió a escuchar cada vez más lejos.

Cuando éste llegó a la cabeza del grupo, la grulla directora le pidió:

- Por favor, mensajero, lee a nuestras amigas el saludo a los hombres.

Ahora se hizo un hondo silencio en las filas de atrás y el mensajero comenzó a leer con voz clara:

- A vosotros, que desde tierra nos miráis, queremos rendir el sonido de nuestro reclamo y entregarlo para vuestros corazones. Este es el sonido que escucharon vuestros antepasados, con él os traemos su memoria.

Un río de sonido recorre ahora Europa, fluyendo a lo largo de más de dos mil kilómetros; un río de gargantas tronadoras, de alas remando en el otoño. Y viene a desembocar a estos campos de Extremadura. Este es nuestro mar del sur. Y si muchas de nosotras no han llegado aquí todavía no es por falta de ganas de encontrar el amparo de esta tierra, el cobijo de las encinas, vuestra cariñosa mirada... Si muchas se rezagan es porque el norte nos vio nacer, el norte es nuestra cuna, nuestra casa materna, de la que a veces cuesta levantar el vuelo.

Podemos ser de aquí y de muy lejos, podemos ser de hoy y del ayer. Sabemos que el cielo siempre estará abierto para nuestro vuelo, pero la tierra es vuestro dominio y la necesitamos. De vosotros depende que encontremos aquí fruto, reposo, confianza para perpetuar el viaje que grabamos en la memoria.

No somos sólo grullas; para vosotros somos todas las aves, todos los animales, todas las vidas de vuestra casa. Con nosotras vienen las aguanieves, brota el pasto y renacen los regatos. Os traemos el rugido de las olas del mar Báltico en nuestras gargantas y con alegre grito esparcimos el agua en los campos.

Todo esto os devolvemos con nuestro saludo.

Despedidas por el incesante griterío de las grullas dirigimos nuestro vuelo hacia el norte, atravesando extensas dehesas, y de vez en cuando veíamos desde arriba el reflejo de nuestras siluetas cruzando como peces las tranquilas aguas de las charcas.

Tras superar una extensa zona de sierras y valles, pudimos ver al norte, en un día claro de invierno, una barrera montañosa de cumbres nevadas. Justo al otro lado se encontraba nuestro próximo destino: la Reserva Natural de la Garganta de los Infiernos.

- Dro, el viaje está siendo más duro de lo que yo pensaba, pero te aseguro que merece la pena contemplar estas maravillas -me dijo emocionada Crac cuando sobrevolamos las blancas laderas.

Superando la cima comenzamos el descenso y tomamos tierra (mejor dicho, nieve) muy cerca de una ruidosa garganta. Nuestras huellas quedaban impresas en la fría nieve según caminábamos en busca de algún habitante del lugar que pudiera ayudarnos en nuestra aventura. Cuando, desesperadas, estábamos a punto de abandonar la tarea, escuchamos pisadas y giramos la cabeza.

- ¡Hola! -nos saludó la nutria alegremente.

- ¿Conoces bien esta garganta? -pregunté tras habernos presentado.

- Desde las cumbres que dominan las cabras montesas hasta la desembocadura en el río Jerte, y también conozco los bosques de castaños y robles que veis ahora sin hojas -nos contestó la nutria-. De vez en cuando hago alguna excursión al interior, pero mi vida está aquí, en el agua.

- A propósito -dijo Crac-, ¿podríamos buscar un sitio más tranquilo? El ruido del agua es infernal.

- El agua baja con tanta fuerza que lima las rocas. Fijaos allí -nos indicó la nutria-, aquellos enormes pilones son mis preferidos. Conozco cada torrente y cada poza a la perfección, incluso en plena noche.

Nos apartamos del cauce y nos resguardamos entre unas rocas. Sin tanto ruido y con los pies secos pudimos escuchar a la nutria, que contestaba a nuestras preguntas sobre el tesoro.

- Mi tesoro preferido son las truchas, pero no puedo evitar comerme alguna que otra -nos dijo, ruborizándose-. Y de vez en cuando me encuentro con el lagarto verdinegro o con el mirlo acuático, aunque hace meses que no los veo. Y el fruto del tejo es también una maravilla, como perlas rojas.

- Pero háganos de los tesoros de los humanos -solicité.

- Prefiero mantenerme alejada de los hombres. Hasta hace poco eran ellos los que veían en nuestra piel un tesoro. Tuvimos que acostumbrarnos a vivir de noche para evitar sus armas.

- Todos debemos andar (y volar) con cuidado, pero aquí puedes estar tranquila -dijo Crac.



- Sí, tienes razón -asintió la nutria y, recordando algo, nos dijo-: Cuando la nieve se ha retirado acuden muchas personas y repiten el viaje que hace siglos hizo un rey, el rey más poderoso del mundo: Carlos I. Es posible que él también buscara aquí un tesoro que no pudo encontrar en todo su imperio. En el Monasterio de Yuste, muy cerca de estas gargantas, pasó sus últimos días.

La historia del emperador Carlos I nos había causado honda impresión y, aunque buscamos durante algún tiempo nuestro tesoro, no pusimos muchas esperanzas en encontrarlo. Si el hombre más poderoso de la tierra no había sido capaz de dar con él, era seguro que no estaría allí.

Emprendimos vuelo sobre el ancho valle hasta llegar a Plasencia y después nos dirigimos al sur. Las dehesas de encinas y alcornoques parecían no tener fin. Vacas, ovejas, cabras y cerdos se alimentaban entre los árboles, aprovechando los pastos y las bellotas. Delante de nosotras algo pareció brillar con los primeros rayos de sol de aquella fresca mañana. Animé a Crac para que volara más rápido y nos aproximamos a aquella majestuosa ave de hombros y cabeza plateados. Era el águila imperial.

- ¡Buenos días, señoras! -nos saludó cortésmente, y enseguida preguntó- ¿Dando un paseo?

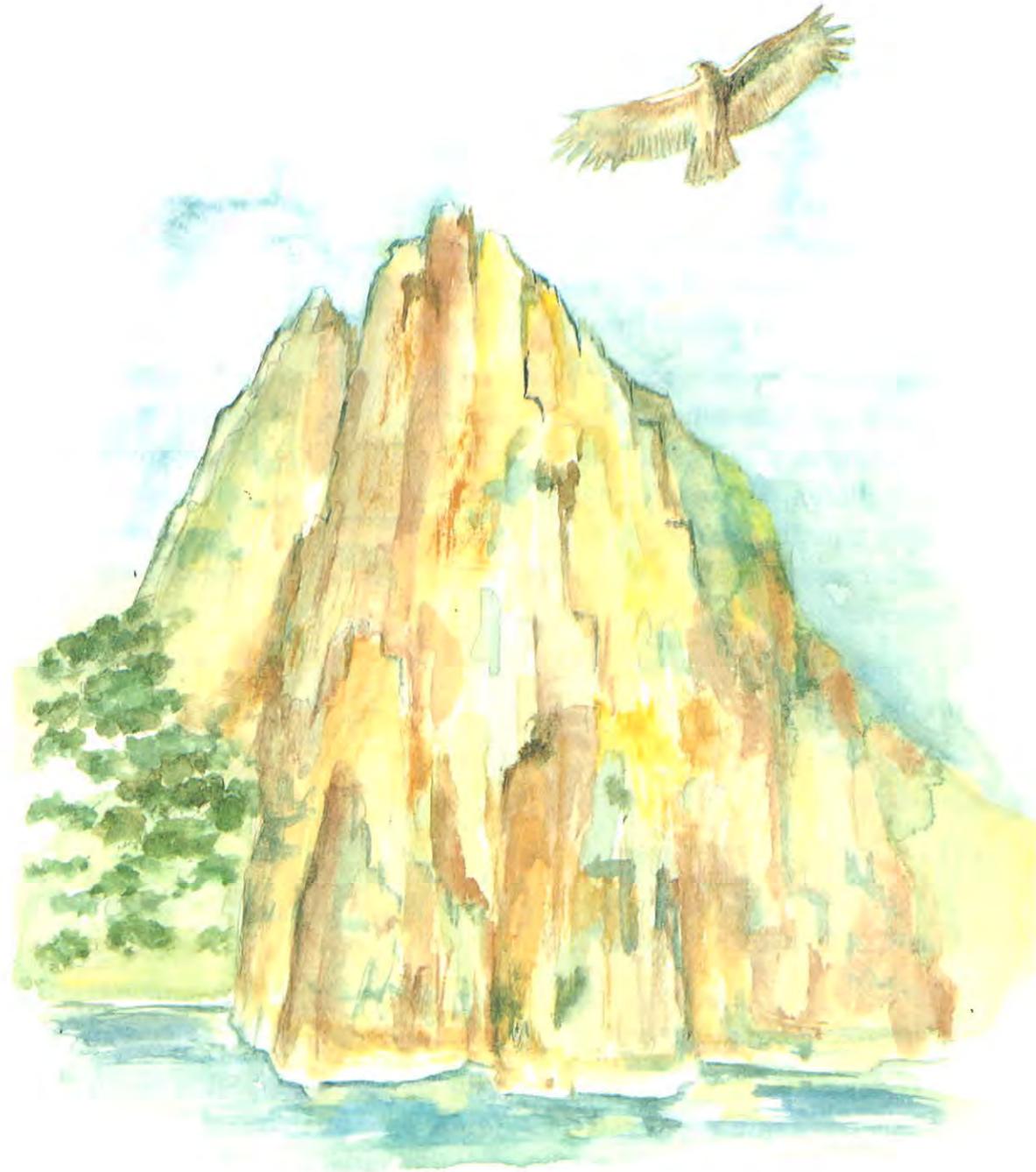
- Sí, un largo paseo -contesté-. Vamos hacia el Parque Natural de Monfragüe, donde esperamos dar con un tesoro.

El águila imperial rió alegremente y dijo:

- Sin duda lo encontrarán. Tendré mucho gusto en acompañarlas, mi casa está en Monfragüe.

Antes de que llegáramos a las sierras del Parque nos cruzamos con buitres leonados y negros, con águilas reales y perdiceras, con milanos negros y reales...

- Todos esos amigos tienen su nido en Monfragüe -nos contó el águila imperial-, y hay otros que ahora están en África, pero que volverán en la primavera para criar: su pariente la cigüeña negra, el águila culebrera, el alimoche...



Mientras nuestra amable anfitriona nos contaba cosas sobre las abundantes especies que viven en Monfragüe íbamos volando por encima de las sierras cubiertas de árboles, arbustos y matorral. Era un bosque tan espeso que parecía imposible que entre la vegetación vivieran ciervos, jabalíes, gatos monteses, ginetas, tejones... ¡y lince! Pasamos rozando los roquedos de las cimas y llegamos al río Tajo, que nos reflejaba en sus aguas embalsadas.

Crac parecía un poco intranquila con tantas rapaces alrededor y comentó:

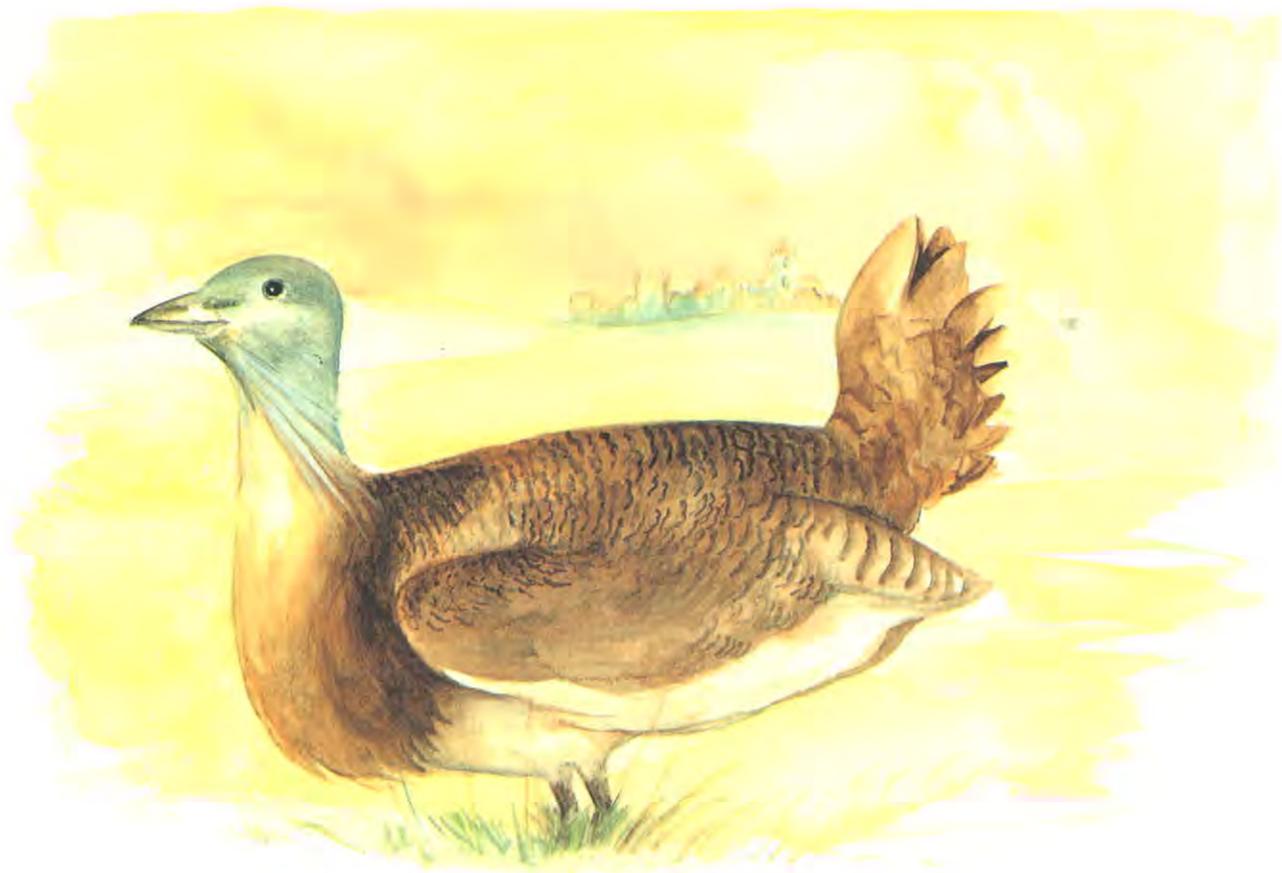
- Es posible que haya algún tesoro por aquí, pero tendríamos que buscarlo en tierra -y me hizo gestos para que descendiéramos.

- Miren allí, sobre la sierra -nos dijo el águila imperial-. ¿Ven aquel castillo? Lo construyeron los árabes, pero de ellos no queda nada. Cuando los cristianos conquistaron la zona, trajeron una virgen que se guarda en una pequeña ermita junto a la torre del castillo. ¿Podría ser el tesoro que buscan?

- Imposible -contesté, enojada ante la idea de apropiarme de algo que pertenecía a la historia de los hombres.

- Pues tendrán que buscar en otra parte, entonces -dijo el águila imperial-. Los mismos hombres quisieron encontrar aquí riquezas y lo que consiguieron fue una ruina.

Según nuestra amiga, hacía años (ella todavía no había nacido), los hombres llegaron con máquinas y comenzaron a arrancar toda la vegetación. Después hicieron grandes escalones en las laderas y plantaron árboles que trajeron de muy lejos, los eucaliptos. Afortunadamente, las águilas imperiales tenían amigos que salvaron el resto del bosque. Ahora los eucaliptos crecían deprisa, bebiéndose todo el agua del suelo, y sus semillas y hojas no servían para alimentar a los animales. La tierra que había sido removida por las máquinas era arrastrada por la lluvia y se perdía en el fondo de los embalses.



A pesar de la amabilidad del águila imperial, que nos mostró todos los maravillosos rincones de Monfragüe, no pudimos dar con tesoro alguno. Sin embargo, al despedirnos de nuestra amiga no pudimos evitar derramar algunas lágrimas, entristecidas por tener que abandonar aquel lugar tan extraordinario y tan importante para muchas especies que, como el águila imperial, eran tan escasas que podían desaparecer pronto.

Os tengo que confesar que en aquel momento empecé a dudar de que existiera el tesoro, si no era en la imaginación de Crac. Pero pronto lo sabríamos, porque ya habíamos visitado casi todas las zonas marcadas en el mapa.

Ahora debíamos dirigirnos hacia los Llanos de Cáceres y Sierra de Fuentes, que veíamos bien desde lo alto. Teníamos a Cáceres al fondo y sólo había que dejarse llevar por las corrientes de aire, planeando como cometas. Una inmensa llanura, casi sin árboles, se deslizaba bajo nosotras. Las ovejas pastaban en los verdes campos y algunos tractores araban la tierra, seguidos por garcillas bueyeras. En cuanto al tesoro, no parecía que hubiera por allí ningún indicio, así que decidimos tomar tierra y preguntar a algún habitante de aquellas estepas.

Una avutarda fue nuestra informadora. Cuando escuchó nuestra pregunta, nos contestó con otra:

- ¿Qué tesoro puede haber aquí? -y miró a su alrededor con el cuello bien estirado-. En estos llanos sin árboles, sin sombra en verano y con viento en invierno, sólo quedamos unos pocos aventureros: sisones, alcaravanes, ortegas, aguiluchos cenizos, cernícalos primillas... Y algunos de ellos sólo vienen en época de cría, cuando tienen langostos de sobra para alimentarse.

- Pero, querida amiga -insistió Crac-, nosotras buscamos un tesoro de los hombres.

La avutarda, de pronto, se dejó caer al suelo y agachó la cabeza. En esa posición su plumaje la confundía con la tierra. Con desdén dijo:

- Entonces id a la ciudad. Los llanos rodean a Cáceres, ese es el tesoro de los hombres.

Aunque parecía razonable, no podía tratarse de la ciudad. Según el mapa, que recordaba perfectamente, Cáceres no estaba dentro de la zona señalada y, además, el tesoro no podía ser una ciudad entera.

No obstante, tuvimos que sobrevolar Cáceres para dirigirnos al Monumento Natural de Los Barruecos, que sería nuestro penúltimo destino. Según comprobé en Cáceres y Malpartida, algunas de mis compañeras también se habían quedado en tierras extremeñas, y andaban ya atareadas con sus nidos, que eran numerosos y estaban contruidos sobre tejados, torres y chimeneas. Cualquiera sitio era bueno para las respetadas cigüeñas. Bien hubiera querido detenerme para charlar con alguna de ellas, pero ya veíamos las grandes rocas redondeadas de Los Barruecos. Sobre aquellos enormes bolos también había nidos de cigüeña.

- Allí hay una compañera tuya -me dijo Crac, señalando uno de esos nidos, sobre una de las rocas próximas a un pequeño embalse-. Bajemos a indagar sobre nuestro tesoro.

Bajo la divertida mirada de Crac, la cigüeña y yo nos saludamos efusivamente haciendo sonar nuestros picos a la vez que echábamos la cabeza hacia atrás. Antes de que Crac fuera directo al grano, pregunté a Greta, que así se llamaba nuestra nueva amiga:

- ¿Por qué os quedáis a pasar el invierno aquí?

- Es un viaje tan largo... ¿Y para qué? Hay mil peligros en el camino, y después de todo en África también se corren riesgos -nos explicó Greta-. Aquí no hace demasiado frío y podemos encontrar comida. Como no es época de cría es poco lo que necesitamos. Y de todas formas, siempre podemos aprovechar lo que los hombres tiran al basurero.

Crac, que no sabe guardar los modales, hizo un gesto de asco, y yo confié en que Greta no nos invitara a comer. Cuando supo lo que buscábamos, Greta se lanzó al aire dejándose caer de la gigantesca bola de roca.

- Vamos -nos llamó-, quiero que veais algo.

Un corto vuelo nos llevó al pie de un grupo de bolos. Allí Greta nos mostró pinturas y grabados sobre las rocas.

- Estas figuras llevan aquí miles de años -nos dijo-. Las hicieron los hombres, pero ha pasado tanto tiempo que ni ellos mismos recuerdan su significado. Puede que sean pistas hacia el tesoro que buscáis.

Pero tampoco nosotras fuimos capaces de descifrar el mensaje de aquellos signos y tuvimos que seguir buscando. Algunas rocas habían sido excavadas y parecían cofres sin tapa, pero, según nos dijo Greta, aquello no eran más que viejas tumbas.

Sólo nos quedaba una oportunidad, en la Sierra de San Pedro. Hacia allí volamos, dejando atrás los llanos. De nuevo, encinas y alcornoques cubrían las ondulantes lomas, y un espeso matorral de jaras, brezos y madroños, crecía en las laderas de las sierras. Empujados por la inquietud de dar con el tesoro nos adentramos en la sierra cuando la noche caía.

Aunque nunca habíamos escuchado nada semejante, Crac y yo nos miramos seguros de que aquel inconfundible aullido sólo podía venir del lobo.



- Bien, Dro -me dijo tiritando Crac-, aquí se terminó nuestro viaje. Será mejor que busquemos lugar seguro para descansar y por la mañana pongamos rumbo a casa.

- Valor, Crac -animé a la grajilla-. No tienes nada que temer del lobo. Ya sé que habrás escuchado mil historias terribles del lobo en boca de las personas, pero la mayoría no son más que patrañas que utilizan de excusa para matarlos.

Guiados por su aullido llegamos hasta las rocas donde se encontraba el lobo. Antes de posarnos junto a él, le saludamos y nos presentamos.

- Señor lobo -le dije cortésmente-, no quisiéramos causarle ninguna molestia. Sabemos lo dura que es la vida para usted, así que abandonaremos su territorio si nuestra compañía no le agrada.

- No se preocupe, Dro -me contestó seriamente-, están ustedes en su casa. ¿En qué puedo ayudarles?

- Buscamos un tesoro -dijo tímidamente Crac-. Tiene que estar aquí, en la Sierra de San Pedro. Hemos buscado ya por toda Extremadura sin encontrarlo y ésta es nuestra última oportunidad.

- Mis escasos compañeros y yo hemos sido tratados como bandidos por los hombres. Y todo porque nos comemos algún que otro animal que consideran suyo -dijo enfadado el lobo, y noté cómo Crac temblaba junto a mis pies-. Hace pocos años nuestros abuelos tenían amigos en muchas sierras de Extremadura, pero los hombres nos persiguieron hasta reducirnos a cuatro o cinco familias que hemos conseguido sobrevivir en San Pedro. Para nosotros este es el único tesoro.

En la oscuridad de la noche los ojos del lobo brillaban intensamente con una mezcla de pena y de nostalgia.

- Tengo que marcharme -dijo finalmente el lobo-. Mis compañeros me esperan en la cresta de la sierra. Por la mañana podréis preguntar al buitre negro que ha empezado a arreglar su nido sobre el alcornoque grande de la ladera.

- Buena suerte, lobo -dije.

- Buena suerte, amigo -dijo Crac.

Pero no nos quedamos para preguntar sobre el tesoro. Aquella noche, en la oscuridad de la sierra, sin luces ni ruidos, escuchábamos de cuando en cuando el ronco aullido de los últimos lobos de Extremadura, y comprendimos que el tesoro estaba allí fuera.

En nuestros sueños volvimos a ver las sierras, los bosques, las dehesas, los llanos, los ríos... Sin ellos, ¿dónde podrían vivir el búho, el sapo partero, la grulla, la nutria, el águila imperial, la avutarda, el lobo...? Todos ellos formaban parte también de ese tesoro.

- ¿Pensarán los hombres que la naturaleza es su mejor tesoro? -me preguntó Crac, camino de casa.

- ¿Qué hubiera sido de los hombres sin la naturaleza? -pregunté como respuesta.

- No habrían llegado a volar sin fijarse en nosotras.

- No conocerían el fondo del mar sin aprender de los peces.

- No se habrían curado sin plantas y animales que les dieran medicinas.

- No habrían pintado animales en las cuevas, el origen de su arte.

- No tendrían ganado ni perros para cuidarlo.

- No hubieran podido cultivar plantas.

Y continuamos enumerando las cosas que los hombres debían a la naturaleza. Cuando llegamos a casa, en medio del pueblo, notamos que nosotras también éramos piezas del tesoro.

Los niños nos vieron llegar y miraron alegres hacia lo alto de la torre. En sus ojos vimos que ellos guardarían bien el tesoro.